

CONQUISTA

Volume 3, Número 15

CRISTIANA

CAPACITANDO
PARA LA ACCIÓN!

- La puerta secreta — *Charles V. Simpson* / 226
La Zarza — *Jorge Luis Soto Gould* / 232
Más allá de la confesión — *Derek Prince* / 234
La hipocresía — *Franklin Aguilar* / 237

La puerta secreta

por Charles V. Simpson

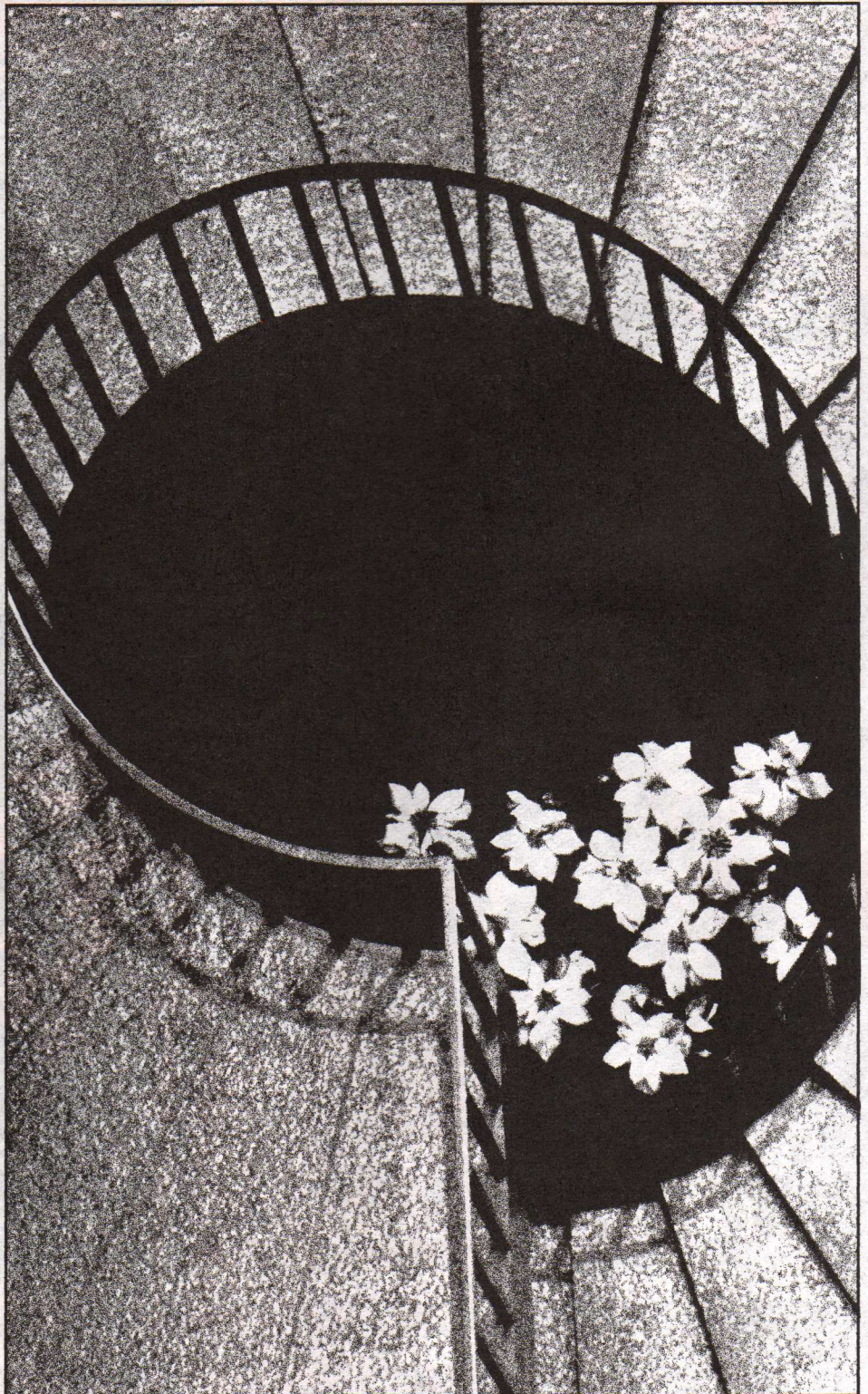
Deseo hablarle de un asunto que puede cambiar nuestras vidas: la puerta secreta. Es desconocida para mucha gente, pero es una puerta muy importante. Se trata de la puerta de salida de la condenación y el juicio. Al mismo tiempo es la entrada a las bendiciones y a la gracia de Dios.

Muchos no conocen la misericordia de Dios, no saben que Dios es bueno, por la manera en que ven a la iglesia. Su representación muchas veces no lo muestra como misericordioso y nuestra oportunidad consiste en revelar al mundo como es Dios, además entrar en una relación más rica con el Señor.

El capítulo 4 de Daniel nos relata una historia en Babilonia, donde Daniel se encontraba cautivo. Daniel era un consejero especial del rey. El rey soñó y vino donde Daniel para que interpretara su sueño.

Por tanto, oh rey, acepta mi consejo: tus pecados redime con justicia, y tus iniquidades haciendo misericordias para con los oprimidos, pues tal vez será eso una prolongación de tu tranquilidad (Daniel 4:27).

Nabucodonosor era el gobernante de todo el mundo conocido. Dios lo había escogido para que gobernara sobre las naciones. A pesar de no ser judío, ni espiritual, era sincero y poderoso. Su práctica era invadir a otros reinos y capturar a los mejores jóvenes para educarlos en las universidades de Babilonia. De esta forma traía la sabiduría y la cultura de otras naciones a Babilonia, una ciudad



pluralista que practicaba diversas religiones.

Nabucodonosor se había enorgullecido de su obra: había conquistado el mundo conocido y edificado la ciudad más maravillosa del mundo. Quizás ninguna otra ciudad, desde entonces, ha sido tan hermosa como ella. Tenía alrededor de 15 millas cuadradas, totalmente amurallada. En algunos tramos las murallas medían 350 pies de altura, y eran tan anchas que tres carruajes podían correr uno al lado del otro.

Babilonia era atravesada por un río bordeado por muros. Sus calles y avenidas estaban dispuestas en perfectos cuadrantes. Cada calle tenía 150 pies de ancho y cada cuadra tenía como 3/5 de milla cuadrada.

Aprovechaban el agua del río y tenían fincas en medio de la ciudad. Túneles atravesaban debajo del río. Contaba con restaurantes bajo tierra. Era una ciudad muy avanzada.

Nabucodonosor contrajo nupcias con una mujer de las montañas. La ciudad de Babilonia era plana y su esposa añoraba los montes. Entonces levantó una montaña dentro de la ciudad y allí se encontraban los jardines colgantes, una de las siete maravillas del mundo antiguo. Era una ciudad magnífica.

Nabucodonosor era orgulloso y tenía razón de serlo. Muchas veces la gente es orgullosa pero sin motivo.

Una vez tuvo un sueño. Ahora, recuerde que él no era un presidente... era el rey y no tenía miedo de ejercer su poder. Había traído a todos los magos y hombres sabios dentro de su palacio; pagaba por sus comidas y sus casas, esperando recibir algún servicio de ellos, en diferentes crisis, para que clamaran a sus dioses. En esta ocasión tuvo un sueño y si lo molestaba no le dijo a nadie. Llamó a todos los sabios para que le dijeran lo que había soñado y su significado.

Todos respondieron: —Si nos dices lo que has soñado, nosotros te diremos lo que significa. Pero él dijo: —No, cualquiera puede interpretar; si

me dicen lo que he soñado, entonces sabré que tienen la interpretación. Ningún dios puede lograrlo. Y su dicho favorito era: Si no obedeces mi orden, te voy a cortar en pedazos y a convertir tu casa en un muladar.

Daniel y sus amigos formaban parte de este grupo de sabios, que habían sido capturados de Judea. Oraron y buscaron a Dios de noche; no querían ser destruidos. Mucho oramos mejor cuando tenemos problemas. Por eso tenemos problemas todo el tiempo.

Dios reveló la visión a Daniel: había una gran imagen, la cabeza de oro, el pecho y los brazos de plata, las caderas de bronce, las piernas de hierro y los pies de hierro y barro. Cuando Daniel fue ante el rey, le dijo el sueño.

¿Ha tenido la experiencia de que alguien le dice algo, que Dios le ha enseñado a otro y nadie más sabe? Es una experiencia muy poderosa, hasta pudiera ser que produzca miedo.

Un día, me encontraba ministrando y diciéndole a la gente lo que creía era el mensaje de Dios para ellos. Oré por un hombre, después de que todos se habían marchado, seguro que eran más de cien personas. Noté que se quedó esperándome. Me preguntó:

—¿Te ha enseñado Dios algo más? Yo le dije: —No, Dios sólo me muestra un poquito, para que cuando se lo diga, usted sepa que él sabe todas las cosas. Es atemorizante saber que alguien sabe hasta lo que sueñas.

Una vez, Israel estaba derrotando a los enemigos porque el profeta de Dios sabía de antemano lo que el ejército enemigo haría. El rey reunió su consejo y dijo: —Uno de ustedes me está traicionando. Ellos respondieron: —No, nadie te está traicionando; hay un profeta de Dios que sabe lo que haces hasta en tu recámara. Es atemorizante darse cuenta que estamos tratando con un Dios que sabe todo lo nuestro.

Nabucodonosor se dio cuenta que trataba con un Dios diferente, esto le llamó la atención. Daniel no sólo le dijo el sueño, sino también la interpretación. Comenzó una cadena

de eventos en la vida de rey, porque tuvo otro sueño. Soñó con un gran árbol y había toda clase de frutos. Las aves venían y vivían en el árbol y los animales habitaban debajo de su sombra. El árbol se extendía hacia todas las naciones. Vino una voz del cielo y dijo: —Corten el árbol, hasta que haya pasado 7 veces. El árbol fue cortado y una banda de hierro y de bronce se puso alrededor del tronco del árbol cortado. El rey vio como un buey comiendo pasto y el rocío de la noche estaba sobre este animal.

Entonces llamó a su amigo Daniel y le dijo: —¿Qué significa esto?

El rostro de Daniel fue demudado y respondió:

—Oh, rey, tú eres ese árbol. Tu reino ha alcanzado a todas las naciones y has provisto para mucha gente, pero este sueño dice que tú vas a ser cortado, hasta que entiendas que Dios gobierna en los asuntos de los hombres, hasta que comprendas que el cielo gobierna y que es Dios el que te ha dado este reino. Pero el Señor dice que sea este sueño para tus enemigos. Déjame darte un consejo, para que puedas escapar de este juicio: Haz lo que es bueno y muestra misericordia, haz justicia y muestra misericordia.

Es muy sencillo, un niño lo puede entender. Dios no quiere complicar las cosas. Miqueas 6:8 dice:

Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti; solamente hacer justicia, y amar misericordia, humillarte ante tu Dios.

Dios te ha enseñado lo que es bueno y lo que requiere: haz lo correcto, que ames la misericordia y caminos humildemente delante de Dios. Léi estas tres palabras: justicia, misericordia y humildad; y me pregunté: ¿Qué tiene que ver la humildad con la misericordia? En esta historia de Nabucodonosor podemos ver lo que el orgullo tiene que ver con la falta de misericordia. Nabucodonosor era un hombre

bendecido, todos los reinos del mundo le habían sido dados, pero era orgulloso porque creía que era su propia obra. El enemigo actúa primordialmente en nuestras vidas cuando nos hace creer que nosotros lo hemos hecho todo, en lugar de entender que Dios es el que nos lo dio. Cuando nos enorgullecemos no podemos recibir la misericordia de Dios. Dios resiste a los orgullosos, pero da gracia a los humildes. Los orgullosos no muestran misericordia.

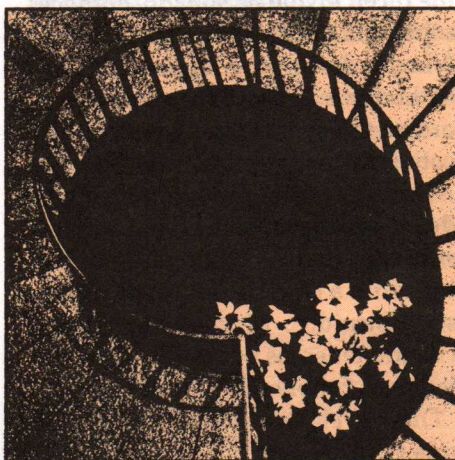
La puerta de escape

Daniel ofreció una puerta de escape a Nabucodonosor, quien se encontraba en una sala de juicio, en una prisión de engaño. Daniel le dice que hay una puerta de escape si muestra misericordia a los pobres, entonces el castigo no vendrá sobre él.

La pobreza no siempre se relaciona con las finanzas. Existe pobreza de inteligencia, de educación; pobreza de moralidad, de comprensión. La gente se encuentra en toda clase de pobreza, pero Dios nos dice que si enseñamos misericordia a los que son pobres de cualquier forma, entonces vamos a escapar de su juicio. ¿A cuántos les gustaría escapar del juicio de Dios, de la condenación y del sentimiento de culpa?

La Biblia dice que todos nacimos bajo juicio. No llegamos a ser culpables, sino que nacemos con un sentido de culpa. Desde nuestra infancia estamos juzgándonos a nosotros mismos, permanecemos bajo un sentido de juicio que se remonta hasta los días de Adán. Aun cuando no nos juzguemos a nosotros mismos, entonces otros nos juzgan.

Nabucodonosor estaba bajo juicio y no se daba cuenta. Durante la noche, tuvo este sueño de que sería cortado y Daniel, con sabiduría, se paró delante de rey y le ofreció una puerta de escape, que el soberano no podía ver ni entender. Escuchó atentamente a su amigo Daniel porque lo amaba; como muchos de ustedes pueden atender, bondadosamente mis palabras, porque me aman, pero



quizás no puedan hacer uso de la puerta. Es importante ver la puerta porque tiene escrita encima la palabra *misericordia*.

La Escritura dice que Nabucodonosor se levantó una mañana, salió al balcón de su palacio, vio aquella maravillosa ciudad y dijo: ¿No es esta la gran Babilonia que he construido? La Biblia dice que cuando la palabra aún estaba en su boca, antes de que saliera de sus labios, el juicio de Dios vino sobre el soberano y comenzó a perder la mente. No podía pensar rectamente. Sus consejeros lo abandonaron. Se volvió loco y durante siete años vivió como un hombre salvaje. ¿Cuál es la relación entre el orgullo y la misericordia? La razón por la que él no mostró misericordia estaba en que era orgulloso, orgulloso de lo que había hecho. No entendió que era un don de Dios.

Cualquier posesión suya, no importa cuánto haya trabajado, o cuán bien lo haya hecho, es por la misericordia de Dios que está disfrutando de la su bendición. Si se olvida, habrá algo importante que sucederá a un hombre orgulloso. La persona orgullosa piensa que nunca va a necesitar misericordia; otros sí la necesitan porque son inferiores a él. No entiende que también necesitará misericordia, de manera que en su orgullo no podrá escapar del juicio.

Cuando leí este versículo, me afectó fuertemente. He predicado sobre Daniel muchas veces, pero no

comprendía que mi puerta de escape, de la condenación y del juicio, consistía en ser misericordioso.

Si entiende lo que digo va a cambiar su conducta, su comportamiento hacia la gente.

Una puerta abierta

Ahora quiero mostrarle una puerta que estaba abierta. En Hechos 10, la Biblia nos habla de Cornelio. Dice que era un hombre temeroso de Dios y oraba aunque no conocía a Jesucristo. También menciona que daba muchas limosnas a los judíos.

Lo interesante es que Cornelio era un soldado romano. Tenía autoridad sobre los judíos. Fueron los soldados romanos quienes mataron a Jesús, pero este soldado romano tenía un buen corazón. No conocía al Señor Jesucristo, pero tenía misericordia por los que estaban bajo él y Dios, desde el cielo, lo tomó en cuenta. Dice que le mandó un ángel, quien le habló de Pedro y le dio su dirección. Dios mismo le habló a Pedro para que cambiara su actitud hacia los gentiles; pasó por muchas dificultades para tratar con la terquedad de Pedro, para enseñarle que, siendo judío, podía comer otros alimentos que no aceptaban los judíos, para que pudiera ir donde Cornelio a comer con él, hablarle de Jesucristo y que Cornelio pudiera salvarse y ser lleno del Espíritu Santo, junto con su familia poder ir al cielo, y llegar a ser una influencia en esa región.

El Señor lo hizo todo: abrió la puerta del juicio para Cornelio, ya que era un pagano y estaba bajo sentencia de muerte por sus pecados; hubiera ido al infierno si se hubiera muerto, junto con toda su familia. Pero la Escritura dice que él tenía una cualidad redentiva: era misericordioso.

Ahora, todos nosotros seríamos misericordiosos con alguien de más autoridad. Si su jefe le pidiera algo, sería bondadoso con él. Si el presidente lo llamara, de igual manera. Si el pastor le solicitara algún servicio, sería bondadoso. Pero esa no es la característica de la verdadera

misericordia. La indicación correcta de la misericordia consiste en cómo tratamos a quienes están bajo nosotros, a los que tienen menos; menos autoridad, menos dinero, menos educación, ese es el verdadero indicador.

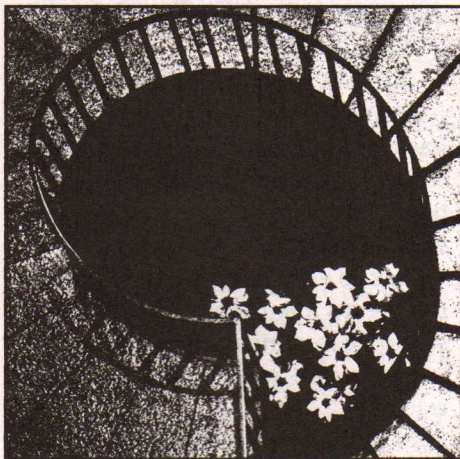
Se trata de una verdadera misericordia porque así como es Dios con nosotros, él tiene toda autoridad, justicia, riqueza —nosotros no tenemos ninguna— y es bondadoso con nosotros. Y no solamente bondadoso con los justos, también lo es con los injustos. Bondadoso tanto con los que lo merecen, o creen merecerlo, como con los que no. Lluvia sobre injustos y justos.

Se abrió una gran puerta. Cornelio no lo entendía, no sabía lo que iba a pasar, pero él amaba la misericordia. Entre la justicia o la misericordia, escogió la segunda para los que estaban bajo él. Dios en los cielos lo notó y dijo: Me gusta ese hombre, voy a enviarle un ángel, voy a salvarlo y llenarlo del Espíritu Santo. Lo voy a prosperar, porque su corazón es como el mío.

Cornelio no fue escogido porque viviera con todas las reglas. La religión trata de reglas, pero la espiritualidad trata de la gracia. Un muchachito oyó que habían descubierto los Rollos del Mar Muerto y dijo: —Espero que no hayan encontrado más mandamientos.

Cuando la gente piensa en Dios, también piensa en mandamientos. C.S. Lewis, el gran escritor cristiano, le preguntó a un niño: —¿Cómo piensas que es Dios? Por un momento pensó y respondió: —Creo que es la clase de persona que cuando ve a alguien divirtiéndose, lo detiene. Mucha gente piensa igual. Pero, no, Dios no es así. El Señor es bueno y su misericordia es para siempre. Es bondadoso aun con los malos. Habrá un juicio, pero no es porque Dios sea malo, sino por la injusticia de los hombres que no quieren arrepentirse.

Cornelio abrió la puerta y escapó del juicio. Si buscamos en Lucas, capítulo 6, versos 27 al 38, también podemos



abrir la puerta (Lea todo el pasaje).

Ahora, esto es muy difícil para mí, porque en el versículo 27 dice: «Amad a vuestros enemigos». En el verso 29 dice que si una persona te pega en la mejilla, que le vuelvas la otra. Orar por los que abusan de nosotros y si alguien toma nuestra capa, que le demos la túnica, también. Eso no tenía sentido para mí. Que si prestas dinero y no te lo pagan, que se lo dejen.

Jesús debió haber entendido algo que nosotros no comprendemos. El no sólo está diciendo: Sea bueno, sea pasivo. El Señor está declarando un principio que no percibimos: lo que hagamos regresará a nosotros.

Usamos el versículo 38 para recoger la ofrenda: «Dad, y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo; porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir.» No está hablando sólo de dinero. También se aplica al dinero y funciona con el principio de sembrar para cosechar, pero está refiriéndose a la misericordia.

En el versículo 35 dice: «¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados! porque tendréis hambre. ¡Ay de vosotros, los que ahora reís! porque lamentaréis y lloraréis.» Dios es benigno con los ingratos. La palabra de Dios dice que la bondad de Dios lleva a los hombres al arrepentimiento, no la ira de Dios ni el juicio sino la bondad de Dios. Cuando usted se da cuenta de su

maldad y que Dios ha sido bueno y misericordioso, él pone convicción en su corazón, y cambia. Si Dios fuera malo endurecería su corazón.

Ahora, si usted aprende esta lección de ser misericordioso con los que no tienen misericordia, de ser benigno con los malos, entonces Dios dirá: Eres mi hijo y mi hija, serás como yo soy. Habrás entendido algo, que no es el juicio lo atrae a la gente. Si eres inteligente vas a traerte misericordia a ti mismo, mostrando misericordia. No es asunto de ser super espiritual, sino de entender que esto es como un bumerang, aunque lo lances lejos, siempre regresa a ti. Si entiendes este principio no tienes que ser muy espiritual sino tener inteligencia normal, bienaventurados los misericordiosos porque ellos obtendrán misericordia.

¿Con quién vamos a tener misericordia, con aquellos que son mayores que nosotros, o con quienes parecen ser menores? Dios mismo es misericordioso con aquellos que están en necesidad de misericordia. Si entendemos esto va ha permitir que dejemos de criticar, de enviar juicio uno contra el otro. Más aun, te hará buscar oportunidades de ser bondadoso, saldrás de tu camino no porque eres espiritual, sino porque eres inteligente.

Es estúpido emitir juicio, no porque no quieras hacerlo, sino porque no quieres que venga sobre ti. Es como un bumerang, si lo tiras, vas a ir un día caminando y te pega por detrás. Te preguntas, entonces: ¿De dónde salió esto? Fuiste tú quien lo tiraste y te volvió a ti. Y cuando aprendo, después de un tiempo, entonces recibo una revelación.

Si alguien me maltrata, y mi primera reacción es: Te voy a pegar, te voy a sacudir, hasta que me devuelvas la plata. Y después me acuerdo y le digo: Que el Señor te bendiga. ¿Hay algo más que pueda hacer para ayudarte? Me gustaría hacerte daño, pero no lo voy a hacer por esto.

¿Quieres que tu vida mejore?
¿Quieres más paz, más gozo? Busca

oportunidades para mostrar misericordia; no pidas que te haga más espiritual, para que puedas ser más bondadoso y cuando alguien te maltrate, puedes decir: "Soy una persona espiritual y voy a ser bondadoso. Porque soy espiritual, soy mejor que tú, espiritualmente; tú eres malo, pero yo soy bueno". No, no. Cuando alguien es malo contigo dile: "Me gustaría hacerte mal; soy como tú eres, pero soy más listo y acepta mi consejo: Cambia tu vida, porque lo que estás haciendo te va a regresar y te golpeará la cabeza."

Es una puerta. Entrar a una puerta que te llevará a las glorias de Dios, porque él sabe que vas a distribuir lo que él te da. El te hará beber de las aguas y a comer del pan, porque él conoce que tu lo vas a compartir.

Voy a concluir con la siguiente historia: un amigo mío, Tony Barnett, tiene una iglesia muy grande. Consta de quince mil miembros y es la iglesia que está creciendo con mayor rapidez en los Estados Unidos. Tiene toda clase de ministerios, hasta para personas en sillas de ruedas, que suman cuatrocientas. Ministerio para pandillas de motociclistas. Todos los ministerios se basan en este mismo principio: Buscar a las personas necesitadas para mostrarles misericordia. Su hijo de veintiún años comenzó una iglesia en el centro de los ángeles, un lugar muy malo de la ciudad. Con apenas dos años de fundada, ya tiene casi dos mil personas.

Un día, cuando la iglesia era muy pequeña, unas pandillas vinieron en sus carros y mataron a un joven de la pandilla, junto a la iglesia. Entonces los hermanos levantaron recogieron una ofrenda para la pandilla y la familia del joven asesinado. Llevaron el dinero a la casa donde estaba el féretro.

El pastor es bien parecido y no se parece en nada a un pandillero; le trajo la ofrenda a la madre del joven y toda la pandilla estaba allí. Dijeron a la pandilla: —Ustedes han perdido a un amigo, lo sentimos mucho y

queremos ayudarles para que tengan un buen entierro.

Ellos volvieron a ver al pastor y no podían entender lo que él estaba haciendo, porque lo que antes habían recibido de la iglesia y la sociedad había sido juicio y condenación; estaban maravillados.

Cuando el pastor salía por la puerta, uno de los miembros de la pandilla lo sujetó de la camisa y le preguntó:

—¿Eres real, por qué estás haciendo esto?

No podía entender la misericordia, nunca la había visto manifestada, no sabía cómo era. Pero la vio y casi toda la pandilla fue salvada.

Mi reacción cuando escuché esta historia hubiera sido ponerme en el púlpito y predicar contra las pandillas, contra la violencia y, sin quererlo, el resultado de mi mensaje hubiera sido condenación y culpabilidad. Dios no envió a su hijo para condenar al mundo, sino para que el mundo fuera salvo por medio de Jesucristo.

Nuestra tarea no es evaluar al mundo, es obvio que está en pecado. Todos hemos pecado. Nuestro mensaje no consiste en decirle al mundo lo malo que está haciendo; nuestro mensaje es abrir una puerta para el mundo, una puerta grande, para que salga de la sala del juicio y entre a la de la gracia.

¡Todos nosotros podemos abrir la puerta, somos los que la guardamos y sólo nosotros podemos abrir la! El nombre de la puerta es *misericordia*. Cuando mostramos misericordia al pecador, estamos comportándonos como hijos de nuestro Padre Celestial. Estamos abriendo la puerta de misericordia para nosotros y cuando ellos vean esa puerta, quizás no conozcan tus doctrinas, quizás no sepan como oras, ignoran donde está tu iglesia, pero conocerán que tu Dios es real.

Parábola de un acreedor

Un hombre debía al rey diez millones de dólares. El rey envió a sus soldados para que lo apresaran y le dijo: —No me has pagado esta gran

cantidad de dinero, te voy a meter en la cárcel.

El hombre cayó de rodillas y le dijo: —Por favor, piensa en mis hijos, en mi esposa, yo no tengo el dinero. ¡Por favor, tenga misericordia conmigo!

El corazón del rey fue tocado, realmente no necesitaba el dinero, sólo quería castigar al hombre irresponsable. Cedió ante el hombre que estaba delante suyo, de rodillas, y le dijo:

—Te perdono.

El hombre levantó la mirada y dijo: —¿Todo? El rey respondió: —Todo, te perdono todo, sigue tu camino.

El hombre se sintió libre y, mientras caminaba por la calle, se encontró con un hombre que le debía cien dólares y le dijo: —No me has estado pagando el dinero que me debes.

El otro le responde: —Por favor, no tengo dinero.

—Te voy a meter a la cárcel, voy a llamar a la policía.

Pero el rey oyó lo que estaba haciendo y lo trajo otra vez bajo juicio.

La puerta no sólo era para el hombre que debía cien, también era para sí mismo. Era una puerta, fuera de la prisión, pero no la abrió.

La puerta no es sólo para los pobres, los pecadores, los necesitados, de muchas formas, no sólo para la salvación de ellos, es también para nuestra salvación. Es nuestra puerta.

Si voy y ministro la gracia de Dios a alguien y la persona dice: —Gracias, gracias. Cualquier bien que ha recibido, yo he recibido más. No es sólo puerta de salida para él, es también mi puerta.

Si la iglesia quiere ver un gran avivamiento, una gran cosecha, si quiere tocar a las naciones, si quiere detener las peleas, las críticas, las relaciones rotas y todo lo que daña a la iglesia, es muy sencillo: si caminamos por la puerta de misericordia, Dios mismo enviará a sus ángeles y abrirá puertas para nosotros. Confío en que esta convicción penetre profundo en nuestros corazones y que podamos

realmente ser los hijos del Dios Altísimo.

Debemos preguntarnos: ¿Estoy manteniendo a alguien en prisión, prisión de la falta de perdón, hay algo en mi espíritu que no está dando misericordia para alguien? No quiero que Dios detenga su misericordia de mí; quiero liberar a esa persona y quiero ser libre yo mismo.

Si Dios le está hablando y existe falta de perdón, quiero animarle para que abra la puerta y entre. Si dices, he sido orgulloso y no he entendido la condición de otros porque creí que nunca estaría en su condición, y quiero humillarme para escapar del juicio, no quiero que mi árbol sea cortado; deseo humillarme y mostrar misericordia. La sentencia no tiene que venir, el árbol no tiene que ser cortado; si te humillas delante de Dios y eres misericordioso, puedes escapar del juicio.

Si nunca has entregado tu vida a Cristo, él no está en el cielo condenándote, él no está tratando de hacerte sentir mal; él te ama, Dios es bueno y su misericordia es para siempre. Recibe su amor, no rechaces su misericordia.

Querido Padre Celestial, venimos en el nombre de Jesús, damos gracias por su sangre, derramada para perdón de nuestros pecados. Por el gran amor con que nos amaste, porque nos diste salvación y aún en la cruz, Jesús dijo: Padre, perdónalos por que no saben lo que hacen. Realmente no sabíamos lo que hacíamos y aun ahora, muchas veces no sabemos lo que hacemos, perdónanos, oh Dios, y ayúdanos a entender. Ten misericordia y ayúdanos a ser ministros de misericordia, de bondad, de paciencia. Que esta revelación afecte permanentemente nuestras vidas, que la misericordia sea una forma de vida tanto como la humildad. Que podamos vernos como ríos de gracia, ríos de misericordia, no solamente en nuestra predicación, sino en los actos de bondad, en la forma de vivir, en la generosidad de nuestro corazón. Oh, Dios, toca estas iglesias para que

puedan tocar a la Iglesia, la ciudad, la nación con la misericordia de Dios.

Que el mensaje sea claramente declarado: Dios es bueno y su misericordia es para siempre. Oh Dios, salva a los pecadores, bendice esta ciudad, derrama tu misericordia, prueba estas iglesias, hasta que la ciudad entienda que no eres un Dios cruel, que no estás tratando de imponer juicio, que no quieres dar dolor, sino que está aquí para salvar la gente, del pecado, de la pobreza y del dolor, porque les amas. Dios, ayúdanos a declarar cómo es

Jesucristo, lo pedimos en su nombre. Amén. Δ

Mensaje de Charles V. Simpson a la Fraternidad de Iglesias y Ministerios del Pacto, en Costa Rica, el domingo 19 de febrero de 1996.



Charles Simpson es editor de la revista CHRISTIAN CONQUEST. Ministra dentro y fuera de los Estados Unidos de Norteamérica.

**Atención:
¡Nueva dirección
de nuestra
oficina editorial!**

**Invitamos
a pastores
y ministerios
para que colaboren
con artículos
de actualidad
que sirvan de bendición
al cuerpo de Cristo.**

Todo material debe enviarse a:

CONQUISTA CRISTIANA

Oficina de redacción

Apartado 200 — 2150 Moravia, Costa Rica

*Publicaremos los artículos, en orden de presentación,
de acuerdo con los temas de nuestro programa.*

Avivamiento personal

La Zarza

por Jorge L. Soto

«... y vio que la zarza ardía en fuego, y la zarza no se consumía»
(Éxodo 3:2 b).



Durante varias décadas, hemos estado expectantes ante el movimiento del Espíritu Santo sobre y dentro de la iglesia del Señor. Pentecostalismo es la manera más fácil de clasificar a quienes se abocaron a la búsqueda de lograr acercarse a la "tercera" persona de la Trinidad y sus bellos dones.

Pareciera que cuando el movimiento carismático surgió dentro del catolicismo y, por diferentes medios, escuchamos, leímos y miramos a muchos curas y diáconos enarbolar la bandera de este hermoso mover, entramos en un franco celo. Cual Pedro, en casa de Cornelio, estábamos asombrados de ver a Dios actuar entre ellos.

Nuestro asombro y preocupación disminuyó cuando nos enteramos de que muchos de los llamados carismáticos habían al fin abrazado el evangelio cristocéntrico. Yo mismo ministré en un nuevo y amplio templo, repleto de gente jubilosa y llena del gozo del Señor, cuyos miembros e incluso su líder, se habían iniciado en aquella corriente. Tengo muy fresco en mi memoria el nombre de toda una comunidad carismática, *Agua Viva*, nombre que me motivaba a conocerles de cerca.

Mientras el calendario devora el resto del siglo veinte, tenemos ya muchos pasos recorridos dentro de la línea pentecostal. Con dolor, vimos a muchas iglesias locales caer en un desleal legalismo, donde las sacrificadas y negadas deberían ser las mujeres, claro, a la fuerza. Los estatutos de la denominación y su disciplina ejercían un temor, no a Dios sino a los ancianos; más que consejeros eran algo así como inquisidores, en constante y cuidadosa vigilancia sobre los errores externos, sin darle mucha importancia a lo que se empezaba a generar dentro de sus propios corazones... fariseísmo.

El ala histórica o conservadora de la Iglesia censuró tanto el ruido estridente de los que damos libertad en el culto a todas nuestras fuerzas, cuerpo alma y gargantas, como también a la manera de alterar el rígido orden de los cultos solemnes y rituales, establecido previamente en el escritorio pastoral.

Las reuniones de los pentecostales daban la impresión de empezar por el final y que por todo se aplaudía... ¡Dios mío!, en efecto, para un creyente acostumbrado a la liturgia ortodoxa, encontrarse en manos de una actividad carismática significaba motivo de locura y desorden.

Me refiero a los fuertes ¡aleluyas! y a los sonoros ¡glorias al Señor! que se escuchaban en un apoyo de firmeza al insigne predicador que, aunque pequeño, no necesitaba un micrófono para dejarse escuchar.

Recuerdo que me ruboricé cuando pude observar que estos "nuevos", vigorosos y atrevidos expositores usaban la plataforma como asiento o lanzaban el vaso de agua sobre los presentes, gritando: ¡Reciban frescura espiritual!

Hoy tenemos una gama de ministerios que ya no nos asustan. Algunos de los que nos sumergimos en esas aguas profundas de regocijo no tememos cuando nos soplan, o nos tiran el saco encima, nos golpean con pañuelos o nos llenan la frente de aceite, reprendiendo fuerte al adversario de Dios. ¿Por qué vamos de nuevo a que nos soplen? Sencillamente porque funciona. Los resultados son evidentes. Asombrados, miramos maravillas y milagros. Personalmente, quedé extasiado cuando, después que Benny Hinn oró por la multitud, en una de sus gloriosas cruzadas en mi país. El no se enteró, pero detrás mío se encontraba un niño que tenía sus dos piernas como péndulos de reloj; empezaron a afirmarse y caminó

perfectamente hasta la plataforma, para alegría de los millares presentes. Toda la gloria fue dada al Señor.

Por otra parte, tenemos que enfrentar el desencanto que sufren algunos cuando, después de escalar estos montes de gloria, regresan a sus iglesias y parecen sentirse como en el valle de los huesos secos; esperarán otro movimiento de aguas para sentirse en un avivamiento real.

¿Por qué andamos buscando avivamientos colectivos y no tomamos la alternativa más sublime y auténtica de un avivamiento personal?

Pablo, el apóstol, recomienda: «... te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti...» (2 Timoteo 1:6).

Queremos experimentar avivamientos en masa, eso está muy bien, pero el avivamiento que permanece será el que exista en el corazón del creyente, en cada momento de su vida cristiana, sea el día bueno o malo. Por supuesto, ha sido conquistado por un proceso de limpieza.

El avivamiento genuino primero es fuego que purifica; es necesario que seamos santificados en el temor de Dios. El fuego inicialmente quema hojarasca, heno, madera; pero después del incendio, sólo quedarán las piedras preciosas y los metales valiosos. La zarza encendida por Dios no sólo era para una ocasión o actividad. Debemos asemejarnos a Pablo, lleno de la "vida de Dios" en la cárcel, en la isla de Malta o frente a los fariseos de su época.

¡Aviva tu fuego! es el consejo del apóstol, y señala: «...que está en ti». Me corresponde, entonces, sacudir el polvo de mi calzado, o quitarme las sandalias y caminar hacia la zarza, pues será real el fuego de Dios en mí y, lo que es mejor, no se apagará. Aquí se plasma la verdad del Señor, cuando dice: «Yo los elegí, para que llevéis fruto y vuestro fruto permanezca».

¿Podríamos estar avivados en medio de la tormenta? La Biblia afirma que «podemos estar siempre gozosos».

Esa es la gran noticia del evangelio del reino, también podemos

conservar el fruto en tierras secas y áridas. Es posible mantener el gozo, la paciencia y el amor, ante el asecho del mundo y sus tentaciones.

Solamente debo poner mis ojos en la zarza, aunque mis rodillas tiemblen como las de Moisés, cuando estuvo frente a ella. No importa que venga el quebranto de mi alma si, a la postre, quedará lo que ando buscando, la obra de Dios en mi vida.

No es tiempo de buscar señales, ya es hora de producirlas y ellas me seguirán, porque mi corazón sigue a Jesús. Cada vez que pongo mis pies en las huellas de Jesús, las marcas se graban en mi corazón, a pesar del dolor que produce el negarse a sí mismo. Vendrá la retribución con creces, pues lograré ver lo que estaba oculto. Aquellos misterios que Proverbios llama sabiduría, ciencia, equidad, justicia, verdad y todo lo demás que vendrá a mí, pues me dispuse a atizar el fuego de la zarza, acercándome a ella.

Deberíamos realizar endechas si tuviéramos que esperar el momento cuando el ángel bajara, enviado para mover el agua del estanque para mi bendición. Pero el Señor no nos ha dado aguas del estanque de Siloé, sino que ya nos dio de sus propias aguas; no de un estanque sino de su río.

Las aguas del río están en movimiento constante, no debo afligir a mi espíritu si contemplo sólo, frente a mí, las rocas grandes y muy arraigadas. El río de Dios tiene tal fuerza que arrasará con cualquier estorbo, por grande que sea.

Los enfermos y necesitados que acudían al estanque tenían oportunidades desproporcionadas y desiguales, podía darse el caso de un enfermo que se desveló, durante meses, para no perderse el movimiento de Dios sobre las aguas, sin lograrlo; mientras otro fácilmente se lo consiguiera, si se movía primero hacia ellas, debido a mejores posibilidades. Si las aguas hubieran estado en ellos, habría sido distinto, pero las aguas estaban en el estanque.

Pablo nos enseña que el fuego de Dios está en mí, no fuera de mí. El Señor Jesús aseguró que el río está dentro de mí; por tanto, todos

tenemos la oportunidad de avivar el fuego o las aguas, ya no tenemos que esperar al ángel, ahora el turno es nuestro.

Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu (Gálatas 5:25).

Finalmente, ¿qué ocurre cuando me acerco a la zarza encendida? Lo más hermoso es que percibo su luz incandescente, lograré ver lo que Dios dijo que me daría, mi herencia. Podré tener acceso a la palabra ungida y revelada. El caminar con Dios no sólo será más fácil, sino delicioso. Sí, empezaré a sonreír y a soportar lo que antes me agobiaba.

Moisés oyó la voz del ángel desde la zarza y escuchó palabras que hoy retiñen en nuestros oídos por su contenido:

...he descendido para librarlos de mano de los egipcios, y sacarlos de aquella tierra a una tierra buena y ancha, a tierra que fluye leche y miel... (Éxodo 3:8).

¡Aleluya! Ese fue el resultado de acercarse a la zarza ardiente. Liberación de almas, salida de lo mediocre y mundanal, entrada triunfal a la tierra de bendiciones. Tenemos ya la promesa: no habrá escasez, pues la tierra que ahora podemos disfrutar es tierra ancha.

Además, fluye otra vez el río, fluye; es un manantial, una fuente inagotable y lo que trae es maravilloso: leche y miel.

Sólo puedo hacer eco a las palabras dadas a Pablo por el Espíritu Santo: ¡Aviva el fuego que está en ti!

Levantemos la voz al Rey Jesús y clamémosle como Habacuc: ¡Aviva, Señor, tu obra en medio de los tiempos! Debo recordar, mientras oro, que soy obra de sus manos. Dios me hizo a su imagen y semejanza; como estuvo con Moisés, estará siempre conmigo. ¡Amén!

Jorge Luis Soto Gould es pastor de la iglesia Manantial de Vida en Esparza, Puntarenas, Costa Rica y director de Intercesores por Costa Rica.

¿Qué papel juegan la proclamación, la acción de gracias y la alabanza en nuestro ministerio?

Más allá de la confesión

Por Derek Prince

La verdad revelada en Hebreos 3:1 establece un principio: Jesús es "el Sumo Sacerdote de nuestra profesión [confesión]".

Este principio también debe gobernar nuestra progresiva relación con el Señor. En cada situación que enfrentamos, tenemos que responder con una confesión apropiada de las Escrituras a fin de invocar, en beneficio de nosotros, el continuo ministerio de Jesús como nuestro Sumo Sacerdote.

En la mayoría de las situaciones, tenemos tres posibilidades: declarar una positiva confesión bíblica, no confesar nada o hacer una negativa confesión mundana. Si confesamos en forma positiva, liberamos el ministerio de Jesús para ayudarnos y satisfacer nuestra necesidad. Si no confesamos nada, nos quedamos a merced de las circunstancias. Si hacemos una negativa confesión mundana, nos exponemos a las malignas fuerzas diabólicas. Las palabras negativas liberan esas fuerzas malignas y negativas en las vidas de las personas.

Es importante distinguir entre la legítima confesión bíblica de fe verdadera y las dinámicas como el pensamiento positivo o la presunción irreverente u alguna clase de filosofía del "dominio de la mente sobre la materia". Hay tres diferencias principales: Primero que nada, la "confesión" en el sentido bíblico está limitada a las afirmaciones y promesas de la Biblia. Consiste en decir con nuestra boca lo que Dios ya dijo en su Palabra. Esta confesión no puede ir más allá.

Segundo, la confesión también está limitada por las condiciones propias de cualquier promesa en particular. La gran mayoría de las promesas en la Biblia son *condicionales*. Dios dice, en efecto: "Si tú haces esto, Yo haré aquello". Si nosotros no hemos hecho el adecuado "esto", no tenemos

derecho a esperar que Dios haga el correspondiente "aquello". La confesión es válida sólo si ya se han cumplido las condiciones requeridas. Nunca sustituye la obediencia.

Tercero, la confesión no puede reducirse a un conveniente "sistema", operado por la voluntad humana. De acuerdo con Romanos 10:10, la confesión es eficaz sólo si procede de la fe en el *corazón*. Hay una diferencia radical entre la fe en el corazón y la fe en la mente. La fe en la mente es el resultado de nuestros propios procesos mentales; todo lo que producen son palabras carentes de poder. Por otra parte, la fe en el corazón es engendrada únicamente por el Espíritu Santo, y produce *palabras cargadas de poder* para llevar a cabo lo que se confiesa. Lo que Dios ha prometido a la fe en el corazón está fuera del alcance de la mera fe mental.

Al impartir fe en el corazón, el Espíritu Santo guarda celosamente su propia soberanía. No corresponde a la "hechicería". Nadie puede manipularlo o intimidarlo o hacerlo obrar en contra de su voluntad. En cuanto a esta clase de fe, en Efesios 2:8-9, Pablo nos dice que:

Esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe.

La fe mental con frecuencia tiende a ser jactanciosa y autosuficiente. La fe genuina del corazón, por otra parte, reconoce humildemente su total dependencia de Dios.

Con estos requisitos, la confesión—correctamente comprendida y practicada— puede ser un factor decisivo en la vida cristiana. En Santiago 3:4-5 el apóstol compara a la lengua con el timón de un navío. Aunque pequeño, en comparación con toda la estructura de la embarcación, el timón determina el curso que seguirá el barco. Usado correctamente,

guiará al navío con seguridad a su puerto de destino. Usado equivocadamente, causará el naufragio del barco.

Esto se aplica a la forma en que expresamos nuestra fe. Confesada correctamente puede conducirnos a todas las bendiciones que Dios ha prometido. La confesión incorrecta puede llevarnos más y más lejos: a mares inexplorados y peligrosos donde nos espera alguna clase de naufragio.

Con frecuencia las personas no están dispuestas a aceptar su responsabilidad por las palabras que pronuncian. De acuerdo con Jesús, sin embargo, no hay forma de escaparse de ella:

Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado (Mateo 12:37).

Nuestras palabras confirmarán nuestra justicia ante los ojos de Dios o nos pondrán bajo condenación. No hay términos medios.

De acuerdo con Romanos 10:10, la fe en el corazón tiene efecto pleno sólo cuando la confesamos con la boca. De igual manera sucede con la incredulidad. Cuando expresamos nuestra incredulidad con palabras, liberamos su poder negativo para que obre contra nosotros y retenga las bendiciones que Dios ha prometido a la fe.

En Hebreos 4:14 el escritor ofrece otras dos advertencias relativas a la importancia de la confesión correcta:

Por tanto, teniendo un gran Sumo Sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión [confesión].

Y también en Hebreos 10:21, 23:

Y teniendo un Gran Sacerdote sobre la casa de Dios ... Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión [confesión] de

nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió.

En cada uno de estos pasajes existe un vínculo directo entre nuestra confesión y el ministerio de Jesús como nuestro sumo sacerdote. A lo largo del Nuevo Testamento se cumple el mismo principio: es nuestra confesión lo que nos une a Jesús como nuestro Sumo Sacerdote y libera su ministerio sacerdotal en favor de nosotros.

Otro énfasis importante en estos pasajes se encuentra en las palabras "mantengamos firme". Es vital hacer la confesión inicial correcta, pero eso en sí no es suficiente. En cada situación subsecuente donde se aplique los mismos planteamientos, tenemos que ser consecuentes y reafirmar nuestra confesión original.

En Hebreos 10:23 el escritor nos desafía, no sólo a mantener firme nuestra confesión, sino a mantenerla firme *sin fluctuar*. Está claro que él prevé varias situaciones posibles que pudieran provocarnos a fluctuar. La "fluctuación" pudiera manifestarse en no querer mantener la confesión inicial correcta, o aun en cambiar una confesión positiva por una negativa. En cualquier caso, la advertencia contra la fluctuación indica que todas las presiones dirigidas contra nosotros tienen un objetivo: lograr que nos retractemos, o aun neguemos, nuestra confesión original correcta.

El concepto de confesar en forma correcta parece muy simple, quizás hasta simplista: sólo decir con respecto a cada problema o a cada prueba, exacta y únicamente, lo que la Biblia dice acerca de ello, y seguir diciéndolo. Sí, es sencillo, ¡pero no es fácil! En realidad, he llegado a la conclusión —tanto por la experiencia en mi propia vida como por observarlos en la vida de otros— que es quizás la prueba más escrutadora del carácter y compromiso del cristiano.

Es la prueba que ha enfrentado todo mártir. Frente a las acusaciones, amenazas y torturas, ha tenido un compromiso supremo: mantener *hasta el final* su confesión de la verdad.

Cuando las acusaciones vienen de enemigos humanos visibles, los

planteamientos por lo menos son claros. Pero hay otra clase de prueba, menos fácil de discernir, cuando las acusaciones son internas, dirigidas contra la mente por invisibles poderes diabólicos. No obstante, la proposición es la misma: mantener la confesión de la verdad con determinación incommovible hasta silenciar y derrotar esas fuerzas invisibles.

Cualquier cristiano que pase con éxito esta prueba puede estar seguro de que será un vencedor y, como tal, heredará las bendiciones que Dios ha prometido a aquellos que vencieren.

Sin embargo, para dar a la fe una plena expresión victoriosa, hay otro concepto bíblico que nos lleva más allá de la confesión, se trata de la "proclamación". Derivada del verbo latino que significa "dar voces" o "publicar en alta voz", la *proclamación* sugiere una fuerte y confiada afirmación de la fe, que no puede ser silenciada por ninguna forma de oposición o desaliento. Implica una transición de la posición defensiva a la de *ataque*.

En el Salmo 118:11-17 el salmista describe esa experiencia. Sus enemigos lo habían rodeado por todos lados y estaban a punto de destruirlo, pero el Señor intervino y le dio la victoria. En los versículos 15 al 16 describe su transición de la defensa al ataque:

Voz de júbilo y de salvación
hay en las tiendas de los justos;
la diestra de Jehová hace proezas,

...
¡No moriré, sino que viviré,
y contaré las obras de Jehová!

Lo que selló su victoria fue la gozosa y confiada proclamación del salmista de lo que el Señor había hecho por él. Correctamente puesta en práctica, hará lo mismo por nosotros.

Mientras practicamos la proclamación confiada de todo lo que Dios nos ha proporcionado mediante el sacrificio de Jesús, nos conducirá naturalmente a otras dos formas de expresión: la acción de gracias y la alabanza. Si verdaderamente creemos lo que proclamamos,

¡ésa es la única respuesta adecuada! Donde quiera que exista una fe genuina, la proclama será seguida siempre por la acción de gracias y la alabanza.

Aunque están muy íntimamente relacionadas, entre la acción de gracias y la alabanza hay una diferencia. En términos sencillos: Damos gracias a Dios por lo que él *hace*; lo alabamos por *ser quien es*. Unidas, la acción de gracias y la alabanza, nos dan acceso directo a la presencia de Dios.

El Salmo 100:4 lo describe muy vívidamente:

Entrad por sus puertas con acción
de gracias,
por sus atrios con alabanza.
¡Alabadlo, bendecid su nombre!

El salmista describe dos etapas para acercarse a Dios. Primero, entramos por sus *puertas* con *acción de gracias*; después, pasamos por sus *atrios* con *alabanza*. Esto nos conduce a la inmediata presencia de Dios. Si no llenamos estos requisitos para entrar, seguiremos clamando a Dios... pero desde lejos. El contestará a su grito por su misericordia, pero no tendremos acceso directo a su presencia.

La acción de gracias y la alabanza son las dos formas más inmediatas en que nuestra fe puede responder a Dios. Cuando Dios nos da una promesa de bendición o nos revela una provisión que ha hecho para nosotros, necesitamos responderle como Abraham y aceptar la palabra de Dios para nosotros como verdadera, desde el momento en que la dice. Por consiguiente, es lógico que empecemos a darle gracias y alabarlo de inmediato. No esperamos hasta que hayamos experimentado el cumplimiento de la promesa o de la provisión.

En 2 Corintios se ilustra este principio con un suceso en el reinado de Josafat, rey de Judá. Al rey le avisaron que un enorme ejército invasor avanzaba contra él desde el sur. Josafat no tenía los recursos militares para oponerse a este ejército. Por tanto, citó a todo el pueblo para buscar juntos la ayuda de Dios, unidos

en oración y ayuno.

Dios respondió a su oración por medio de un levita, con una palabra profética dio instrucciones a Josafat para que condujera a su pueblo contra el enemigo, por determinado camino, y agregó palabras de confianza y aliento (v. 15b, 17a VRV1995):

No temáis ni os amedrentéis delante de esta multitud tan grande, porque no es vuestra la guerra, sino de Dios... No tendréis que pelear vosotros en esta ocasión; apostaos y quedaos quietos; veréis como la salvación de Jehová vendrá sobre vosotros.

Nada había cambiado hasta aquí en la situación militar, pero Josafat recibió la promesa de Dios *por fe*, sin pedir más pruebas. Al día siguiente "puso a algunos que, vestidos de ornamentos sagrados, cantaran y alabaran a Jehová mientras salía la gente armada, y que dijeran: «Glorificad a Jehová, porque su misericordia es para siempre».

Por cierto que esta no era la forma convencional en que iba a la guerra un ejército... ¡pero dio resultado! Tan pronto como el Señor escuchó las alabanzas de su pueblo, intervino soberana y sobrenaturalmente, enviando un espíritu de división entre los diversos grupos nacionales que componían el ejército invasor. De repente, y sin razón aparente, empezaron a pelear unos contra otros, hasta quedar destruidos. El pueblo de Judá no tuvo que luchar, sino sólo ¡recoger el botín de sus enemigos muertos! Dios intervino en esta forma porque su pueblo respondió a su promesa *por fe*, sin esperar una confirmación ulterior.

En este relato se ilustran dos principios importantes. Primero, Dios espera que lo alabemos por las promesas que nos da, sin esperar a verlas cumplidas. Segundo, la alabanza ofrecida en fe libera la intervención sobrenatural de Dios en favor de nosotros. En resumen: La fe empieza a alabar a Dios *antes* de la victoria prometida, no sólo hasta después.

En el Nuevo Testamento, en

Hechos 16, la experiencia de Pablo y Silas en Filipos ilustra el mismo principio en forma espectacular. Por haber echado fuera un demonio de una muchacha esclava, fueron injustamente arrestados, salvajemente torturados y golpeados, y después arrojados en la sección de máxima seguridad de la cárcel, con sus pies en cepos. No había un rayo de esperanza en sus tinieblas, ninguna fuente de consuelo o aliento en su situación física, ni seguridad de lo que deparaba el futuro.

Pero en su espíritu ellos sabían que nada podría cambiar la eterna fidelidad de Dios, y nada podría robarles la victoria que Cristo había ganado para ellos. La lógica de su fe triunfó sobre la lógica de sus circunstancias. A medianoche —la hora más oscura— ¡estaban cantando himnos de alabanza a Dios!

Sus alabanzas hicieron por ellos lo mismo que por el ejército de Josafat: Permitieron la intervención sobrenatural de Dios en su favor.

Entonces sobrevino de repente un gran terremoto, de tal manera que los cimientos de la cárcel se sacudían; y al instante se abrieron todas las puertas, y las cadenas de todos se soltaron (Hechos 16:26).

En el Salmo 50:23 el mismo Señor resume la lección del ejército de Josafat y de Pablo y Silas en la cárcel:

El que ofrece sacrificios de alabanza me honrará;
y al que ordene su camino,
le mostraré la salvación de Dios.

La salvación de Dios ya está completa mediante el sacrificio de Jesús en la cruz. Nada que digamos o hagamos podrá cambiar eso. Pero cuando respondemos con sacrificios de acción de gracias y alabanza, abrimos el camino para que los beneficios de la salvación se manifiesten en nuestras vidas. Como Josafat y como Pablo y Silas, tenemos que aprender a ofrecer estos sacrificios en fe, antes de que experimentemos en realidad los beneficios.

En el Salmo 20:5 David dice:

Nosotros nos alegraremos en tu salvación
y alzaremos bandera en el nombre de nuestro Dios.
Conceda Jehová todas tus peticiones.

Además, en el Cantar de los Cantares de Salomón, la novia de Cristo es «*imponente como ejércitos en orden de batalla*»(6:10). Tres de los más efectivos "pendones" que Dios nos ha dado son *la proclamación, la acción de gracias y la alabanza*.

Primero, alzamos el pendón de la *proclamación*. Decimos en voz alta, en fe, la promesa o las provisiones de la Palabra de Dios que se apliquen a nuestra situación particular o satisfagan nuestra necesidad personal. Después, seguimos dando gracias a Dios —todavía en fe— por la verdad que hemos proclamado. Finalmente, pasamos de la *acción de gracias* a la *alabanza* jubilosa. Todo esto lo hacemos *en pura fe*, sin esperar por algún cambio visible en nuestra situación.

A su manera y a su tiempo, Dios responde a nuestra fe, tal como hizo con la de Abraham. La verdad, que hemos proclamado, y por la cual Le hemos dado gracias y alabado, se convierte en una realidad para nosotros.

Cuando levantemos estos tres pendones de proclamación, acción de gracias y alabanza, logramos dos propósitos a una misma vez: Primero, nos aseguramos las bendiciones prometidas por Dios que hemos proclamado. Segundo, expulsamos las fuerzas satánicas que se nos opondrían y tratarían de retener las bendiciones para que no llegaran a nosotros. De esta manera, cuando entremos en nuestra herencia marchando juntos, damos cumplimiento al cuadro profético de Salomón de un imponente ejército en orden y con pendones. Δ

Adaptado del libro *Bendición o maldición ¡Usted puede escoger!*, publicado por Editorial Carisma, Miami, Florida 33172, USA.
Usado con permiso.

Derek Prince fue profesor residente de la Facultad de Filosofía Antigua y Moderna en King's College, Cambridge y en la Universidad Hebrea de Jerusalén. Autor de más de treinta libros que han sido traducidos en más de cincuenta idiomas.

Jesús nos dice:

«Guardaos de la levadura de los fariseos que es

hypokriteis»

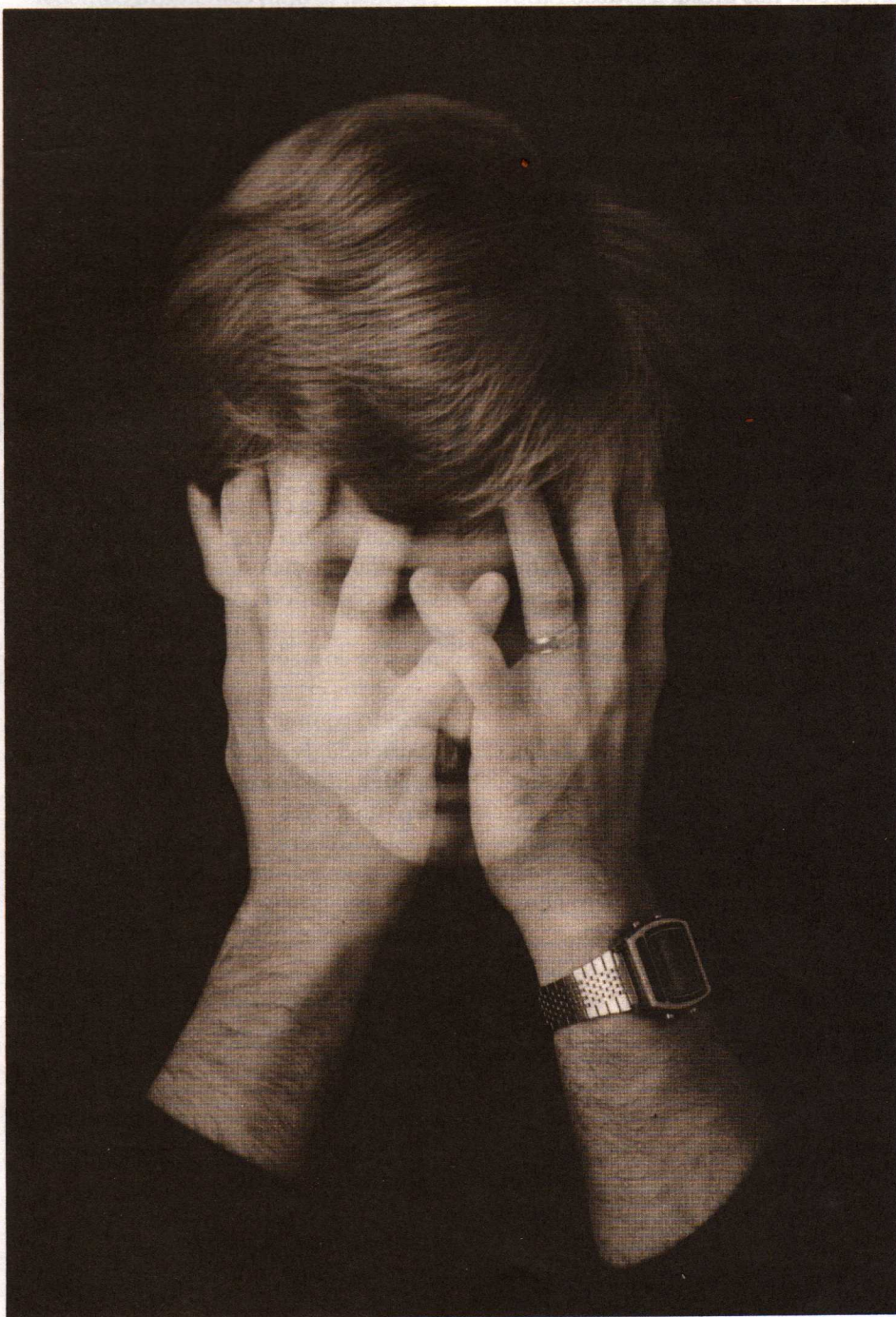
Por Franklin Aguilar

En esto, juntándose por millares la multitud, tanto que unos a otros se atropellaban, comenzó a decir a sus discípulos, primeramente: Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía. Porque nada hay encubierto, que no haya de descubrirse; ni oculto, que no haya de saberse. Por tanto, todo lo que habéis dicho en tinieblas, a la luz se oirá; y lo que habéis hablado al oído en los aposentos, se proclamará en las azoteas (Lucas 12 : 1-3).

El diccionario bíblico nos da la siguiente definición de *hipócrita*: «El que pretende o finge ser lo que no es. Es una transcripción del vocablo griego *hypokriteis*, que significa actor o protagonista en el teatro griego. Los actores solían ponerse diferentes máscaras conforme al papel que desempeñaban.»

La hipocresía es la levadura o máscara usada por el ser humano para tapar todo aquello que no desea mostrar. Por el contrario, Dios es el único que puede revelarnos la realidad de lo que somos.

Los seres humanos nos ponemos máscaras en muchas circunstancias, principalmente cuando nos es difícil



enfrentar situaciones bochornosas o cuando no soportamos ver la realidad de nuestras propias vidas.

La levadura se prohibía en las ofrendas porque era símbolo de corrupción.

Lo que realmente somos, Dios lo conoce; no podemos ocultarnos ante él.

En el pasaje inicial, Jesús nos da una enseñanza; nos advierte de la levadura de los Fariseos. La hipocresía nos afecta a todos. La intención de este mensaje consiste en alertar y no criticar o señalar.

La Biblia nos indica que los Fariseos «eran semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia.» Realmente eran muy diferentes de lo que aparentaban (Mateo 23: 27).

Ellos eran personajes que se ponían máscaras, de esta manera pretendían no ser descubiertos. Tal vez la gente no se animaba a decir nada de ellos, por temor a equivocarse. Quien les habló con autoridad fue el Señor Jesús. Cuando leemos Mateo capítulo 23 nos damos cuenta como el Señor le habla a estos hombres de una manera directa. Otro personaje que les habló fuerte en los evangelios fue Juan el Bautista (Mateo 3: 7, 10).

Los Fariseos eran líderes de los Judíos, usaban las escrituras en sus conversaciones, pero no las experimentaban en su propia vida; por el contrario, ponían cargas a otros para que las cumplieran, pero ellos no servían de ejemplo al pueblo.

Recuerdo en mi infancia, cuando para formar parte de un grupo de muchachos que no pasaba de los 12 años, los líderes exigían hincarse, con las rodillas descubiertas sobre unas piedras pequeñas y ásperas. La intención era que al muchacho le doliera, como una especie de sacrificio debía pasar la prueba como requisito para pertenecer al grupo.

Sin embargo, cuan hipócrita era mi actuación: obligaba a quien quería

pertenecer a la pandilla de muchachos, a sufrir un sacrificio que nunca padecí.

Así fueron los fariseos imponían cargas en otros y ellos mismos no querían mover ni con un dedo.

La hipocresía es superficial; nunca muestra la realidad de las cosas; todo lo altera.

La hipocresía y los cristianos

El Señor espera de nosotros, sus hijos, sinceridad, integridad y pureza. Cuando no cumplimos con sus expectativas, nos ponemos máscaras y actuamos de una manera hipócrita.

Muchas situaciones en nuestra vida nos llevan a ser hipócritas; por determinada circunstancia, cuando vemos que no podemos soportar una situación, nos ponemos máscaras. Tratamos de desempeñar el papel que exige la obra.

Si no eres genuino con los hombres no lo serás con Dios. Si mientes a los hombres mientes a Dios. Si no amamos a los hermanos no amamos a Dios.

Algunos cristianos se ponen máscaras para orar. Llegan ante Dios con lindas oraciones y creen que lo van a convencer; pero Dios no ve lo exterior sino profundamente, él mira nuestro corazón (Proverbios 21: 2).

Otros cristianos cambian de voz cuando comienzan a orar, dan apariencia de ser muy espirituales y pueden impresionar a los hombres, pero no a Dios.

La hipocresía es mero camuflaje, no es digna de confianza, consiste en todo aquello que nos hace actuar de forma diferente de lo que realmente somos.

Aquí no me refiero a la ética que imponen ciertos acontecimientos; por ejemplo, aunque goce de humor, cuando asisto a un funeral, mi comportamiento debe mostrar respeto ante el dolor de otro. Tal conducta no significa hipocresía.

Pero cuando, ante la misma circunstancia, actuamos delante de unos en forma diferente a la de otros, ya estamos cayendo en hipocresía.

Algo semejante le ocurrió a Pedro y se menciona en Gálatas 2: 11-14.

Diferentes tipos de máscaras

Intelectual. Algunos se esconden tras los estudios para justificar sus hechos: «Soy muy preparado para juntarme con gente tan sencilla».

Social: «¿Qué dirán mis amistades? Si actúo de tal manera... ¡qué vergüenza cuando sepan donde vivo!»

Religiosa: «Si voy a la iglesia tengo que hablar en forma religiosa, de lo contrario notarán que no soy consagrado a Dios.»

Dios es el único que puede mostrar nuestras máscaras. Tenemos que orar como David en el Salmo 19: 12-13.

Características de quien usa máscaras

1. *No es una persona genuina, siempre estará actuando.* Se refugia en su apariencia exterior. ¿Cuántas veces hemos mirado a personas que al inicio nos impresionan? Pero luego, cuando las conocemos de cerca, no responden a lo que habíamos creído.

Cuando cortejaba a mi esposa, recuerdo también haber conocido a una mujer, antigua creyente, que por su apariencia me impresionó como una gran cristiana. En esa época daba mis primeros pasos en la fe y mi suegra, una mujer recién convertida en ese tiempo, comenzaba a trabajar con dicha hermana. Mi expresión para Elisa, ahora mi esposa, fue «¡Qué bendición le dio Dios a su mamá, porque va trabajar con esta hermana!»

Sin embargo, a los días encontré a mi esposa llorando por los maltratos que esta hermana daba a mi suegra. No podía creerlo, puesto que la había puesto en un lugar muy alto, espiritualmente. Pero, lamentablemente, era sólo una apariencia, una máscara... hipocresía. Únicamente aparentaba virtud.

Cuando alguien no es auténtico, sus actuaciones lo delatan, hará lo que esté a su alcance por guardar la apariencia.

En 1 Samuel 15: 30- 31, Saúl confiesa que ha pecado, pero igualmente quería que Samuel lo honrada delante de los demás.

2. *No dice la verdad.* Igualmente para mantener la imagen, de una u otra manera mentirá en forma directa o indirecta.

Hay parejas que no tienen buena relación familiar pero dan la apariencia de que sí la tienen. Algunas personas creen que las *mentiras blancas*, como suelen llamarse, son necesarias. Pero ya se trate de blanca o negra es una mentira. Lo que debemos preguntarnos es ¿por qué no quiero decir la verdad?

3. *Tratará de apearse a la ley.* La razón no está en cumplir la ley, si no en evitar la mala reputación. Trata de actuar rectamente, pero por mera apariencia. Mencionan la palabra de Dios porque la saben de memoria o porque tienen un conocimiento intelectual de ella. Los escribas y los fariseos conocían la Palabra, pero no la vivían, no tenían autoridad (Mateo 7:29).

4. *Cuando oran tratan de justificarse.* La Palabra nos dice que al Señor le agradan los corazones contritos y humillados. Cuando nosotros, como cristianos, nos creemos buenos y no miramos la misericordia de Dios, estamos hablando con nosotros mismos frente al espejo y no frente a nuestro Dios (Lucas 18: 9, 14).

Es penoso ver a tantos cristianos que, al referirse a ellos mismos —aun cuando confiesen sus pecados— parecen justificarse o exhibirse. Son muchos los creyentes que abrigan en su interior un orgullo secreto, además de exhibir un orgullo manifiesto.

El fariseo en el verso 11 no estaba orando, si no que interpretaba un monólogo (hablaba consigo).

Cuando llegamos ante nuestro Dios, hemos de acudir con humillación para que el Señor nos levante. Pidamos su misericordia para todos aquellos que siguen exaltándose y considerándose justos.

5. *No logra verse tal y como es.* Esta persona mostrará una apariencia, casi

siempre se coloca en un lugar que no merece, pero le gusta los buenos lugares (Mateo 23: 6).

Los que padecen de hipocresía no actúan para glorificar a Dios, si no para que otros los admiren y elogien (Mateo 23: 5).

Aprendamos amando la obra que Dios ha hecho en nuestras vidas. No pensemos de nosotros más allá de nuestras posibilidades. Pero tampoco rebajemos lo que realmente tenemos. Si no enfrentamos la realidad, tendremos problemas (Romanos 12 : 3).

¿Por qué nos ponemos máscaras?

Podríamos mencionar muchas razones, pero citaré sólo algunas y usted encontrará muchas más.

1. *Baja autoestima.* El menosprecio nos conduce a actuar con máscaras.

2. *Enseñanza familiar.* Tal vez los parientes nos enseñaron a cargar con sus máscaras.

3. *Los traumas.* Quizás sufrimos complejos y queremos ocultarlos.

4. *Temores.* Tenemos miedo de enfrentarnos con responsabilidades o personas. Entonces recurrimos a una máscara para cubrir tal temor.

5. *Envidias.* Impresionamos a alguien haciéndole creer que tenemos más que él.

Las razones del por qué nos ponemos máscaras son diversas, pero son realidades que hemos de tratar. Creo que seríamos más felices si aceptamos lo que realmente somos, una creación original hecha por nuestro Dios; si vivimos esta realidad hará que nos sintamos más libres y redundará en un menor esfuerzo.

¿Cómo podemos combatir la hipocresía?

1. *Empiece a enfrentar el problema.* Si Dios se lo muestra por medio de algún hermano, su esposo, su esposa, su jefe, o por revelación, no trate de justificarse cuando sepa que éste es el mal. El rey David era conforme al

corazón de Dios, pero cuando pecó no se justificó ni dio ninguna excusa, su pecado era una realidad y había sido descubierto (2 Samuel 12).

2. *Humílese.* Después que descubra el mal, humílese. Tal vez la humillación sea dolorosa y puede ser que nos opongamos a ella, pero finalmente nos traerá salud (1 Pedro 5: 6).

3. *Confiese y arrepíentase.* No menos doloroso resulta confesar algo, pero también es igualmente necesario para sanarnos y, si nos arrepentimos de verdad, cambiaremos de rumbo (Proverbios 28: 13).

4. *Hable de sus máscaras con un hermano.* Es bueno buscar un hermano que nos pueda comprender y ayudar a cambiar estos males que nos han estorbado en nuestro caminar cristiano. Es importante recibir el consejo de un siervo de Dios. Siempre es buena la exhortación de un hermano maduro, para que nuestro corazón no se endurezca (Hebreos 3: 13).

El Señor nos ha llamado para que seamos libres; no nos atemos a cargas difíciles de llevar. La hipocresía es un peso que dificulta tu vida cristiana.

Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante (Hebreos 12: 1).

«Guardaos de la Levadura de los Fariseos que es la hipocresía.»

Franklin Aguilar es pastor de la Misión de Crecimiento Espiritual Cristiano, afiliada a la Fraternidad de Iglesias y Ministerios del Pacto, en Costa Rica.

Conquista Cristiana
la revista para líderes
que se capacitan
para la acción!

Envíe ahora \$12

(U.S. dólares) costo de 6 ejemplares

CONQUISTA CRISTIANA — Volumen 3 • Número 15 • 1996 — Director: Hugo M. Zelaya • Editor: Noé Martínez Q.

Publicación bimestral del Centro para Desarrollo Cristiano, que pertenece a la Fraternidad de Ministerios e Iglesias del Pacto — © Derechos Reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial sin el permiso de los editores. Los puntos de vista expresados representan la opinión de sus escritores y no necesariamente del director o editor.

El Material que se envíe para su publicación debe ser escrito a máquina, a doble espacio y por una sola cara de la hoja.

Si desea devolución del manuscrito, incluya un sobre con su dirección y el importe postal correspondiente.

A menos que se indique de otra manera, las citas corresponden a la Biblia Reina Valera Revisada. — Impresión: Litografía Costa Rica, S.A.

CONQUISTA[®]

CRISTIANA

Teléfono 240-5080

Apartado 5551

1000 San José, Costa Rica



**Porte pagado
Permiso No. 7
S.A.L.**